

## LIBROS

Rorty, Richard, *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid, Tecnos, 1996, trad. de José M. E. Cloquell.

Catorce años después de su publicación original, se ha editado esta traducción del libro que recoge artículos escritos por Rorty entre los años 1972 y 1980. Se trata de textos redactados al tiempo de la preparación de *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, y que pueden ser leídos como un complemento de dicha obra en cuanto a la temática que los reúne: la crítica a la imagen kantiana de la tarea filosófica en tanto disciplina autónoma abocada a la resolución de problemas transhistóricos que le son esenciales y que ni la ciencia ni ninguna otra esfera de la cultura puede abordar, cabiéndole a la misma filosofía delimitar el radio que les es posible abarcar a dichas esferas culturales alternativas.

Pero así como *La filosofía y el espejo de la naturaleza* hace foco en la discusión de la adopción moderna de la idea "idea" y de la coronación de la filosofía centrada en la epistemología, podemos decir que el tema recurrente en los ensayos que componen *Consecuencias del pragmatismo* es el de la posibilidad de una filosofía posfilosófica, entendiendo por filosofía el tipo de *Fach* nacida bajo el influjo platónico-kantiano. Si en el primer libro el papel de la filosofía quedaba reducido al de ser una voz más en la conversación de Occidente (voz que podía cumplir un papel importante más que nada como corrector de estilo, fundamentalmente porque las discusiones interdisciplinarias "van acompañadas de clichés filosóficos que los demás participantes han encontrado alguna vez en sus lecturas, pero sobre los que los filósofos profesionales saben de memoria los pros y los contra"),<sup>1</sup> en este conjunto de artículos se delinea con un poco más de definición el tipo de quehacer que Rorty imagina para la filosofía poskantiana. Apela a una definición de Sellars para pensar la labor filosófica: "el intento de ver cómo las cosas, en el sentido más lato del término, se relacionan entre sí, en el sentido más lato del término" (p. 20). En función de dicha definición Rorty apela a que la filosofía sea reemplazada por la crítica de la cultura. El filósofo no sería pues un especialista en la discusión de determinados "problemas" en función de un "método" particular, sino un intelectual dispuesto a encontrar todas las interrelaciones posibles entre los distintos fenómenos culturales a fin de brin-

<sup>1</sup> R. Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 354, trad. de J. Fernández Zulaica.

dar “una descripción de las descripciones que la raza ha ideado hasta ahora” (p. 53).

En el marco de esta apreciación general de la filosofía como crítica de la cultura, Rorty remarca un tipo particular de búsqueda de interrelaciones culturales consistente en el estudio de la aparición y mantenimiento del interés en los “problemas” históricamente considerados filosóficos. Será a través del desarrollo de esta tarea delimitada que la filosofía irá adoptando el tono posfilosófico reclamado por Rorty, a la vez que la práctica de dicha tarea no es más que una apuesta antifilosófica en la medida en que apunta a hundir en la historia las problemáticas supuestamente extramundanas que la tradición filosófica de Occidente se preocupó por enaltecer. La filosofía será pues esencialmente metafilosofía, tarea ésta que quienes mejor pueden encarar son los especialistas en la lectura de Platón, Aristóteles, Agustín, Kant, Hegel, Husserl, Carnap (“¿y qué otra cosa es un filósofo?”, dirá Rorty), pudiendo así la filosofía mantener durante cierto tiempo el rango de disciplina autónoma.

En la introducción (“Pragmatismo y filosofía”), escrita en 1982 por Rorty para encabezar la edición de esta recopilación de artículos (sin duda uno de los textos más citados del filósofo norteamericano), se elabora esta apuesta por la cultura posfilosófica en términos del tipo de consecuencias que la radicalización, difusión y adopción del pragmatismo de James y Dewey tendría en Occidente. La mejor caracterización de lo que entiende Rorty por pragmatismo se desarrolla en el capítulo 9 del libro (“Pragmatismo, relativismo e irracionalismo”) a través de tres definiciones encadenadas: pragmatismo es 1) “la aplicación del antiesencialismo a nociones como ‘verdad’, ‘conocimiento’, ‘lenguaje’, ‘moralidad’ y semejantes objetos de especulación filosófica” (p. 243); 2) considerar que “no hay diferencia epistemológica entre la verdad de lo que es y la verdad de lo que debe ser, como tampoco hay diferencia metafísica entre hechos y valores, ni diferencia metodológica entre moralidad y ciencia” (p. 245); 3) la doctrina según la cual “la investigación no tiene ningún otro límite que el que impone la conversación” (p. 247).

Los capítulos 2, 3 y 5 (“Conservando la pureza de la filosofía”, “Superando la tradición: Heidegger y Dewey” y “La metafísica de Dewey” respectivamente) le sirven a Rorty para ampliar su desafío poskantiano en conjunción con la obra de Wittgenstein, Heidegger y Dewey, y para señalar los momentos en que cada uno de dichos autores sucumbieron a la tentación platónica de apelar a algún tipo de concepto que escapara al influjo de las prácticas sociales históricamente surgidas (sea “forma lógica”, “apertura al Ser” o “rasgos genéricos de la experiencia”).

Los capítulos 6 y 8 (“La filosofía en cuanto género de escritura: ensayo sobre Derrida” y “El idealismo del siglo XIX y el textualismo del XX”) hacen lo propio con la obra de Derrida y sus epígonos norteamericanos de la

crítica literaria deconstructiva, al enfatizar las repercusiones antikantianas que produce la insistencia hecha por el filósofo francés en que la labor filosófica no es otra cosa que escritura que oscurece su referencia al mundo y no se ocupa sino de las relaciones de intertextualidad que la ligan al conjunto de la tradición también escrita. Esta insistencia es según Rorty la que convierte al textualismo en una versión posfilosófica (no preocupada en fundarse en tesis metafísicas) del idealismo del siglo XIX. A propósito de esto último, amén de la relevancia que cobran en estos artículos las figuras de James, Wittgenstein, Dewey, Heidegger y Derrida, es imposible dejar de observar la fuerte presencia (explícita e implícita) de la obra de Hegel en el historicismo que Rorty defiende a lo largo del libro, no dejando de asombrar el hecho de que en sus textos de los años 80 y 90 no haya desarrollado sus vínculos con el pensamiento del filósofo alemán más allá de referencias tangenciales y de la conexión a través de la mediación de la obra deweyniana.

Los capítulos 7 y 10 (“¿Hay algún problema con el discurso de ficción?” y “El escepticismo en Cavell”) atienden a los mismos temas metafilosóficos pero a través de la discusión de diversas posturas en torno a problemas filosóficos puntuales desarrollados por la filosofía analítica: las posturas de Russell, Searle, Donnellan y Parsons con respecto al problema de la referencia de los nombres de objetos inexistentes, y el desarrollo hecho por Cavell en torno al tema del escepticismo. Rorty rechaza la totalidad de las soluciones al primer problema reclamando el abandono de la noción de referencia y de la noción de verdad como correspondencia al abandonar la noción del lenguaje como medio de representación. Pero lo que más le preocupa discutir en dicho artículo es por qué el problema en cuestión fue tomado en serio. La misma preocupación se reproduce en su crítica a Cavell, quien según Rorty da precipitadamente por supuesto que el problema “técnico” del escepticismo está ligado al sentido de la contingencia de todas las cosas.

Los capítulos 4 y 12 (“La profesionalización de la filosofía y la cultura trascendentalista” y “La filosofía hoy en América”) centran la misma argumentación metafilosófica que recorre la totalidad del libro en la crítica al proceso de profesionalización de la filosofía que a partir de principios de los años 40 se desarrolló en las universidades norteamericanas. El desplazamiento del pragmatismo y su preocupación en filosofía moral y ciencia social fue la contracara del afianzamiento de un modelo estrictamente técnico que concebía a la filosofía como una disciplina autónoma centrada en el análisis lógico. El diagnóstico hecho por Rorty es que el tipo de práctica filosófica vigente en las universidades norteamericanas ha hecho que los profesores de filosofía hayan trastocado su autoimagen desde la del cuasicientífico a la del cuasiabogado. La filosofía analítica se ha quedado según Rorty (en virtud del tembladeral que en el concepto de análisis lógico produjeron Wittgenstein, Quine, Sellars,

Kuhn y Davidson) sin una metafilosofía. El evidente tono metafilosófico del libro (más allá de la crítica directa y explícita al proyecto según Rorty ya auto-superado de la filosofía analítica) se plantea pues como una respuesta directa al quehacer filosófico reinante en las universidades angloparlantes.

Finalmente, el capítulo 1 ("El mundo felizmente perdido") merece ser comentado en último término en virtud de que se trata de un texto que desarrolla el famoso argumento davidsoniano en contra de la distinción esquema/contenido, anunciando lo que será la regla en los textos rortianos a partir de los años 80: la presencia ineludible de Davidson como fuente de los argumentos antirrepresentacionistas decisivos.

Como novedad con respecto a la edición original, el autor prologa la obra con un texto especialmente escrito para la versión castellana. En él, Rorty enlaza su crítica a la tradición platónica-kantiana en tanto centrada en la idea de que el "conocimiento" (representación fiel de la realidad) constituye la esencia de la naturaleza humana, con la observación de que dicha imagen privilegia la relación del hombre con lo extrahumano frente a las relaciones entre los seres humanos. La superación de la tradición tiene pues como lema el fundir la epistemología en la política, convirtiendo a la "solidaridad" en el fenómeno central de la reflexión filosófica. El prólogo sirve pues como muestra del creciente interés por la discusión política que Rorty ha ido desplegando en los últimos años. (Federico Penelas)

Comesaña, Manuel, *Razón, verdad y experiencia. Un análisis de sus vínculos en la epistemología contemporánea, con especial referencia a Popper*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996, 172 pp.

Algunos de los temas más profundamente discutidos en la filosofía de la ciencia contemporánea son los referidos a cuál es (o debe ser) la meta u objetivo de la ciencia, a la metodología adecuada para la consecución de esa meta y a la racionalidad de la empresa científica en sus distintos niveles o contextos. Las respuestas dadas a los distintos problemas planteados han generado diferentes concepciones, muchas veces inconciliables entre sí, originando fuertes polémicas entre sus proponentes. Así, se ha asistido a las discusiones entre realistas y relativistas, entre racionalistas *versus* irracionalistas, entre inductivistas y antiinductivistas, etcétera.

Dentro del marco generado por la discusión de estas temáticas se encuentra el estudio de Manuel Comesaña. Una de las tesis principales defendidas por el autor es que no es posible sostener una posición racionalista de la ciencia sin ser también realista: el objetivo de la ciencia debe estar vinculado con la verdad, si bien no puede ser considerado idéntico a ella. Por otra parte,